

Ancianidad y envejecimiento en las sociedades avanzadas

Lluís Oviedo Torró, OFM

Pontificia Universitas Antonianum, Roma

E-mail: loviedo@antonianum.eu

Recibido: 12 de octubre de 2015
Aceptado: 1 de diciembre de 2015

RESUMEN: El artículo explora la realidad del envejecimiento y de la ancianidad, desde una perspectiva antropológica y un enfoque interdisciplinar. Recoge las aportaciones de la antropología cultural comparada, que aportan luz sobre la vivencia del envejecimiento en las sociedades contemporáneas. Desde ahí, se analizan las propuestas en torno a los modelos asistenciales para la tercera edad, particularmente en lo que concierne a los programas de calidad y al envejecimiento activo. Se adentra, después, en la tensión entre el planteamiento científico y el humanista-crítico, para, finalmente, abordar la cuestión del tratamiento espiritual, religioso y teológico del envejecimiento.

PALABRAS CLAVE: antropología, calidad de vida, demografía, envejecimiento activo, tercera edad.

La situación de ancianidad conoce cambios significativos en nuestro tiempo especialmente en los ambientes donde se prolonga más y donde se cuentan con más medios asistenciales y económicos para hacerle frente. Es casi ingenuo afirmar que dicha prolongación plantea retos e implica cambios culturales y sociales de cierto alcance, no solo a nivel administrativo o sanitario, sino también en las familias y en las personas que viven dicha etapa. Hasta hace unas décadas, muchos de los roles que

eran típicos de las personas mayores han dado paso a actitudes diferentes, a nuevos roles y exigencias, también en las relaciones entre generaciones.

En los últimos años, la edad avanzada ha sido estudiada desde varias perspectivas. En este artículo adoptaremos una visión más antropológica a la hora de comprender la situación actual. No es que los grandes ensayos de antropología hayan dedicado mucha atención al estudio de la ancianidad. No obstante, es posible encontrar

muchas referencias e incluso revistas especializadas en el estudio de esa etapa de la vida humana, de sus circunstancias y de su representación cultural, como, por ejemplo, la bien documentada *Anthropology & Aging*. Los estudios antropológicos sobre la ancianidad ocupan un espectro bastante amplio lo que invita a cierta sistematización. A continuación, se ofrece una lista de las orientaciones más importantes que se han identificado a través de una revisión de la bibliografía en algunas bases de datos internacionales:

1. La antropología cultural, o los estudios etnográficos, constituye uno de los programas más obvios: indaga y compara las variaciones en el tratamiento de los ancianos, su identidad, y las relaciones sociales que establecen a través de distintos marcos culturales. Dichos estudios han producido un número elevado de publicaciones que permiten observar el fuerte carácter cultural de las ideas y las prácticas relacionadas con las personas ancianas, así como su lugar en el conjunto social, en las familias y en otras instituciones.
2. Los estudios críticos aplicados a la antropología de la ancianidad se inspiran en la tradición contemporánea de los *Cultural Studies* y aplican su misma metodología, es decir, un intento de desvelar los discursos que legitiman y mantienen estructuras de dominio, marginación u ocultamiento. Un ejemplo lo plantean quienes comparan el caso de las personas ancianas con otros grupos sociales que han sufrido algún tipo de marginación. Su orientación es, por tanto, normativa y reivindicativa.
3. La antropología biológica estudia la interacción entre factores biológicos y culturales a la hora de comprender la realidad de la vejez: el incremento de la esperanza de vida; las cuestiones demográficas que se asocian a dicha mejora; la relación entre factores genéticos y ambientales, así como su impacto en el proceso de envejecimiento; los problemas neurológicos y el estudio de las patologías que se asocian a la vejez.
4. La orientación terapéutica relaciona la gerontología y su investigación con el fin de mejorar la calidad de vida de las personas de más edad; las cuestiones epidemiológicas; las afecciones físicas y mentales que influyen en el envejecimiento o que moderan su impacto más negativo; las es-

trategias para afrontar los retos que plantea dicha edad.

5. La antropología filosófica se propone a partir de un estudio entre descriptivo y normativo de la condición humana, su identidad o los rasgos que caracterizan una existencia plena o el modo mejor de “estar en el mundo” y de pensar las relaciones interpersonales, la comunicación, la capacidad moral, estética y otros rasgos distintivos, en este caso, aplicados a la edad avanzada.
6. La antropología teológica observa a la persona a la luz de su relación con Dios y del estatuto que deriva de dicha relación especial; la mirada cristiana implica una visión realista que invita a hacer las cuentas con la negatividad presente en el ser personal así como la llamada de todo ser humano a la redención y a la vida de la gracia, en el momento concreto de la madurez tardía.

Las numerosas publicaciones sobre el proceso de envejecimiento combinan a menudo varias de las orientaciones apenas descritas. Como toda antropología contemporánea, también, en este caso, la estrategia mejor consiste en superar planteamientos demasiado

unilaterales y reductivos, y apostar por análisis multidisciplinares o capaces de combinar el acceso a diversos niveles en los que se configura la realidad humana.

Teniendo en cuenta estos seis puntos, merece la pena detenerse en las grandes cuestiones que son objeto de debate y profundización en los últimos años de cara a una mejor comprensión del fenómeno del envejecimiento y de los muchos problemas que se le asocian. En principio cuatro grandes cuestiones merecen nuestra atención: los contrastes culturales entre modelos más adecuados de vivir la ancianidad en relación con el resto de la población; la conveniencia y eficacia de programas orientados a mejorar la calidad de vida en dicha etapa vital; la aplicación en el contexto de la edad avanzada de los debates entre antropologías más científicas y las más humanistas; y la capacidad de las creencias y prácticas religiosas para afrontar los problemas de dicha edad.

Cuestiones culturales

Muchos estudios han aportado un sinfín de datos sobre las variaciones en el trato y la consideración de las personas ancianas en el paso de una cultura a otra. Un ejemplo lo propone el artículo reciente-

mente publicado por Sarah Lamb¹ quien compara las estrategias de envejecimiento en la India y en los Estados Unidos de América. Mientras que, en el segundo caso, la cultura dominante se orienta más hacia la autonomía o auto-gestión de los ancianos, como un ideal de vida; en la India, la concepción tradicional apunta a una inclusión de las personas ancianas dentro de los núcleos familiares compuestos por hijos y nietos. No acaban aquí los contrastes, pues en el caso americano, los ideales de auto-realización y los modelos de identidad personal invitan a una continua elaboración de dicha identidad también en etapas tardías, mientras en otros ambientes dicho proceso es mucho menos fatigoso o asume los marcos de comprensión tradicionales sin problematizarlos.

Los ejemplos pueden prolongarse, pues el papel que juegan las personas ancianas en ciertas sociedades, como Japón, oscila entre el respeto a una tradición en la que gozaban de gran consideración y eran altamente reconocidas; y la globalización que motiva actitudes más individualistas y mucho menos

comprometidas con esa franja de edad y con los valores que podían representar en la etapa anterior.

Surgen algunas cuestiones en torno a estos contrastes. En primer lugar, las variaciones observadas implican un fuerte componente cultural en la elaboración de los códigos de conducta que orientan las actitudes y relaciones en dichos casos, es decir, habría poco de “genético” o de factores que puedan ser explicados en clave de psicología evolucionista, quizás también por el hecho de que dichas actitudes ya no están vinculadas con los procesos reproductivos, ni de la supervivencia útil, y entrarían más bien en las dinámicas de tipo altruista – o desinteresado – cuya raíz biológica es más objeto de discusión.

En definitiva, al alargarse la vida de las personas, se plantean cuestiones de dependencia y cuidado inter-generacional que dejan de ser descontadas a partir de un mero análisis en clave biológica o de los intereses vitales de los individuos y de las familias. Cuando se alarga el proceso de envejecimiento en las sociedades avanzadas, cabe esperar que los propios individuos pongan en marcha estrategias racionales que tienden a asegurar su propia supervivencia con una cierta calidad de vida, pues se puede confiar cada vez menos en la ayu-

¹ Cf. S. LAMB, “Permanent personhood or meaningful decline? Toward a critical anthropology of successful aging”, en *Journal of Aging Studies* 29 (2014), 41-52.

da o protección de la propia familia, si es que se tiene. En todo caso es también la organización social en las sociedades que garantizan la asistencia a sus miembros menos autónomos, la que determina la forma y calidad de vida de dichas personas, siguiendo las pautas de los estados de bienestar.

La segunda cuestión es de tipo normativo e invita a determinar qué sistema o modelo de envejecimiento es mejor o más adecuado. El artículo de Lamb, anteriormente citado, plantea también dicha cuestión sin una respuesta clara, es decir, parece difícil a priori decidir si es mejor envejecer dentro del núcleo familiar o hacerlo de forma libre e independiente, con mínimos vínculos. El problema no se resuelve con una simple alternativa entre opciones que presentan ventajas y desventajas. Hay que tener en cuenta que surgen límites y que en algunos países como Japón y China se ha legislado para obligar a los hijos a mantener un mínimo de visitas y de relaciones con sus padres ancianos. No está claro tampoco que pueda alcanzarse una solución de equilibrio que busque cultivar un nivel conveniente de autonomía, sin descuidar los vínculos familiares y las obligaciones de cuidado inter-generacional. En todo caso, los avances tecnológicos, médi-

cos y de comunicación consienten en nuestros días plantear modelos que combinan ambas tendencias –autonomía y dependencia afectiva– de forma más conveniente y abriendo un sinfín de nuevas posibilidades. La cuestión es que hoy en las sociedades occidentales es más fácil escoger modelos de vida y negociarlos con las personas del propio entorno hasta encontrar las soluciones más satisfactorias para todos. Sin embargo, dicha situación puede ser entendida de modo menos positivo y como un incremento casi insoportable de los niveles de contingencia, en el sentido de que no se puede dar nada por descontado, y que las personas que envejecen hoy no pueden estar seguras de poder contar con el apoyo incondicional de sus propios parientes, tal como ocurría hace unas décadas, lo que puede generar fuertes incertezas.

El valor de los programas de calidad en el envejecimiento

Las últimas consideraciones del párrafo anterior se entrelazan con los temas que emergen del desarrollo de programas orientados a mejorar la calidad de vida y de las condiciones de los ancianos, no en el sentido de ampliar las ayudas sociales o los sistemas asistenciales, sino en el de construir

modelos de vida que ayuden a los individuos a programar y a vivir su vejez de forma más exitosa y realizada.

Los análisis de dichas propuestas hacen referencia a varias tendencias en la cultura actual, como los análisis de Anthony Giddens en relación a la construcción de la propia identidad, o de Charles Taylor y la orientación moderna a afirmar la propia vida, con especial énfasis en la “expresividad” o realización de los propios afectos y capacidades. Dichos énfasis culturales estarían en la base de las propuestas que se han formulado en las últimas décadas en favor de una ancianidad exitosa (*successful aging*). En este ideal convergen ideas liberales, manuales de autoayuda, de terapia y los ejercicios para estar en forma, que propician sobre todo una vida activa que nutre la idea de sentirse útil y de aportar algo a su propio ambiente. La definición que ofrece Lamb de dicho programa es:

«Un énfasis en la agencia y control individual (puedes ser el artesano de tu propio envejecimiento exitoso); el valor de la independencia y la importancia de evitar la dependencia; el valor de la actividad y la productividad; y una visión de no envejecer en absoluto, mientras se persiguen los objetivos de escapar a la edad (*agelessness*) y lo que podría de-

nominarsse una personalidad permanente»².

Lamb propone una descripción bastante minuciosa de lo que llama un “movimiento”, con todas sus características. El punto de partida versa en el énfasis de las ciencias biomédicas por convertir la salud en un “imperativo socio-ético”, que implica responsabilidad personal, y deja de ser algo contingente o confiado a los servicios sanitarios o sociales³. También hay que tener en cuenta las dimensiones sociales, políticas y económicas de dicho planteamiento, pues el cuidado de la propia salud puede ahorrar muchos fondos en los planes de asistencia sanitaria. En palabras de la propia autora:

«Sin embargo, si las personas mayores saludables, aptas, activas pueden cuidar de sí mismas mediante la aplicación de los ideales de la salud y de la vida, entonces se mantienen como individuos autosuficientes en lugar de cargas»⁴.

En concreto, dicho programa se propone estudiar los factores que

² *Ibid.*, 44.

³ Véase: N. ROSE, *The Politics of Life Itself: Biomedicine, Power, and Subjectivity in the Twenty-First Century*, Princeton University Press, New Jersey 2007.

⁴ S. LAMB, *art. cit.*, 43.

contribuyen a mejorar la vitalidad física y mental en esa edad. Parece ser que esta propuesta, que por estos lares se denomina “envejecimiento activo” se ha convertido en un “paradigma dominante en geriatría”.

Como cabría esperar, ese programa también conoce un sinfín de críticas. Lamb las tiene en cuenta en su estudio, con las respectivas referencias bibliográficas: excesivo énfasis en la actividad y la productividad; ignorar las desigualdades, es decir, que no todos los ancianos tienen acceso a las mismas oportunidades; la posible estigmatización de los que fallan, así como el inevitable límite físico o temporal en la aplicación del modelo. Además, se construye una “mítica era sin envejecimiento” o de perpetua permanencia de la propia personalidad lo que conlleva a un etnocentrismo y la falta de respeto a los estilos personales. La misma autora formula su propio razonamiento crítico, en el sentido de que ese modelo no prepara a las personas para afrontar el final de sus días, sino solo para vivir lo mejor posible el tiempo que les queda y que todavía puedan gestionar por ellas mismas. Sin embargo, no se considera la inevitable realidad de declive, de privación, de discapacidad y de mortalidad que exige una agenda distinta o un plan alternativo, que

evite la marginación y posible sentido de fracaso que podría derivar de esos procesos menos exitosos los cuales revelan el carácter inevitablemente limitado de la existencia humana, cada vez más presente a medida que avanza la edad.

En este caso, cabe dejar un cierto espacio de maniobra en la tensión entre esfuerzos por mejorar la calidad de vida de la etapa más madura y la preparación para las situaciones más limitantes al final de la vida. Es perfectamente compatible un programa que, por un lado, se apoye en ejercicios adecuados, dietas, vida más disciplinada y voluntad de colaborar en proyectos que llenen el propio tiempo y sigan dando valor a la propia actividad (cursos de formación, esquemas de voluntariado); y, por otra parte, la disposición a someterse a las curas y a un estadio mucho más limitado. De todos modos, parece que no es fácil pasar de un modelo de “éxito” a otro que se parece más a una “rendición”, sobre todo cuando se vuelve más difícil contar con personas cercanas y con los afectos que se han construido durante una vida.

La tensión entre el enfoque científico y el humanista-crítico

Muchos de los estudios publicados han asumido un tono crítico,

inspirado a menudo en Michael Foucault y en los temas de la *biopolítica*, para denunciar prácticas en el tratamiento y en la gestión de la edad avanzada que recaen en el modelo de la intervención estatal, del control sobre la vida de los individuos y la organización total que caracterizaría las tendencias de la modernidad de las que tanto sospechó el filósofo francés. Es relativamente fácil deconstruir los modelos de organización de la ancianidad, de su medicalización, de los esquemas de internamiento o de gestión de individuos poco útiles y casi residuales. No obstante, la cuestión puede plantearse como un episodio más de la guerra interminable entre el planteamiento científico y el humanista, lo que se agrava en el campo antropológico y encuentra un buen eco en el tratamiento de la ancianidad.

Algunos ejemplos interesantes de la tensión descrita aparecen ya en los años 90, como es el caso del artículo de Sharon Kaufman⁵. Más recientemente, veinte años después, se sigue una pauta parecida en un artículo escrito por Laceulle y Baars⁶. En ambos casos, el tema es

el predominio del marco cultural sobre los intentos de apropiación por parte del discurso científico y de su pretensión de convertirse en discurso oficial o en cultura dominante. Al respecto, es interesante la tesis de sus autores quienes comparan la ancianidad con la condición femenina en los momentos que sufría discriminación y reivindicaba un discurso alternativo capaz de superar los sesgos que le afectaban y legitimaban culturalmente su supuesta inferioridad. A través de procedimientos narrativos, los autores apuntan a una construcción alternativa de la identidad de las personas ancianas que pueda afrontar las visiones culturales que las vuelven sujetos pasivos y de segunda clase.

La pugna entre visión científica y cultural también se ha explicitado en otro estudio, firmado por John Vincent⁷. Una de sus líneas aborda la cuestión de una ciencia empeñada en frenar el proceso de envejecimiento, algo que se llega a denominar *anti-aging*. Los discursos culturales se superponen en algunos casos a los cientí-

⁵ S. KAUFMAN, "The social construction of frailty: An anthropological perspective", en *The Journal of Aging Studies* 8 (1994), 45-58.

⁶ H. LACEULLE - J. BAARS, "Self-realization and cultural narratives about later

life", en *The Journal of Aging Studies* 31 (2014), 34-44.

⁷ J. VINCENT, "The cultural construction old age as a biological phenomenon: Science and anti-ageing technologies", en *The Journal of Aging Studies* 22 (2008), 331-339.

ficos, y en otros casos es la ciencia la que determina la agenda, sin un resultado demasiado claro. La impresión es que la concurrencia entre los dos tipos de discurso no tendría por qué dar origen a posiciones excluyentes y que una puede servir de correctivo a la otra. En todo caso, suele ser el discurso antropológico y cultural el que protagoniza el enfrentamiento crítico, lo que da que pensar sobre los intereses y las estrategias que dicha área académica puede presentar como alternativa a los esfuerzos de la biomedicina o de las políticas tendentes a frenar o a retrasar el envejecimiento, a pesar de que se trate de una batalla perdida al final, algo que seguramente también aceptan los científicos o los geriatras de distinta orientación.

La situación de distancia crítica entre los ámbitos señalados puede entenderse como un problema de integración dentro de un modelo antropológico más complejo y plural en lo que concierne a la vejez. En definitiva, da la impresión de que la biología sigue reñida con la cultura a pesar de los intentos, que datan de mediados del 2000, de proveer una visión más holística y *multilevel* del ser humano, en el que se conjugan factores genéticos, sociales y culturales. Quizás las propuestas recientes de una

antropología más integrada todavía no han llegado a las aplicaciones prácticas, y de hecho no es fácil actuar en dicho modelo plural y complejo donde distintos factores influyen en la vida de los ancianos.

¿Se dan condiciones para un tratamiento religioso y teológico del envejecimiento?

El enfoque religioso, al menos en el campo cristiano, ha contribuido tradicionalmente a aliviar y acompañar el proceso de envejecimiento. Es algo normal, cuando las iglesias se convierten en refugio de muchas personas ancianas y la práctica religiosa en una de las formas tradicionales para afrontar a esos años de declive y a menudo de soledad y desvalimiento.

Uno de los ámbitos de aplicación en los estudios recientes sobre afrontamiento religioso (*religious coping*) ha sido la ancianidad y los procesos de declive en la salud física y mental. Se han publicado libros de diverso formato consagrados a ese tema⁸. Lo menos que se puede decir es que las creen-

⁸ Cf. M. KIMBLE – S. H. McFADDEN (eds.), *Aging, Spirituality, and Religion: A Handbook* (2 vols.), Augsburg Fortress Press, Minneapolis 1995 y 2003.

cias y prácticas religiosas siguen prestando buenas estrategias de cara a afrontar el envejecimiento y sus crisis, al menos a juzgar por el elevado número de artículos publicados a ese respecto y que pueden extraerse de cualquier base de datos bibliográfica e internacional.

Cabe sorprenderse que en tiempos bastante secularizados haya quien se acuerde de la dimensión religiosa como una estrategia para acompañar el envejecimiento. De hecho, el tema ha sido casi ignorado en los estudios citados y que han servido para explorar el estado de la cuestión. Pues bien, al menos al nivel señalado, es decir de cierta utilidad, todavía cabe hablar de una funcionalidad religiosa en la ancianidad. Posiblemente se trata de la variable más escandalosamente ausente en los estudios citados, puesto que el papel de las creencias y prácticas religiosas es demasiado obvio para ser ignorado en los intentos de mejorar la condición de la edad avanzada, con sus crisis y situaciones de gran contingencia, por no decir la necesidad de hacer frente a la finitud. Parece que dicho principio puede seguir estando vigente y que una antropología de la ancianidad no deba ignorarlo. Sin embargo, las sociedades avanzadas ensayan

otros modos de hacer las cuentas con la finitud, y en muchos casos se acostumbra a aceptarla no solo como algo sufrido y amenazante, sino como una liberación tras un periodo frustrante y de insoponible limitación.

De todos modos, la antropología cristiana ofrece mucho más que esos planteamientos funcionales. Baste pensar en el sentido de comunidad, los refuerzos de los lazos familiares, la ética del don y la gratuidad, el amor de ágape, el sentido redentor de la cruz y la disponibilidad de la gracia. Todo ello dentro de un horizonte de esperanza trascendente. La fe cristiana configura tradicionalmente un bagaje que comprende no solo un tratamiento más humano y solidario de la vejez dentro de un esquema familiar, sino un sistema que contribuye a organizar las prioridades vitales y del amor facilitándose, así, un ambiente de mejor acogida y de comprensión hacia quienes “se quedan atrás”.

Hay un aspecto teológico que seguramente exige una revisión. El declive de la edad avanzada y las consecuencias de la cercanía de la muerte han podido ser entendidas en la teología cristiana tradicional como consecuencias no deseadas del pecado, y en especial del pecado original. La comprensión inspirada en una

antropología de origen mítico podía entender esos elementos negativos vinculados a la culpa original, pues el plan original divino no podría haber previsto dicho sufrimiento, ya que todo lo que procede de Él tenía –per definición– que ser bueno. Una antropología realista e informada por la ciencia no se hace, al respecto, ninguna ilusión, sino que más bien entiende la vejez como una etapa inevitable del ciclo de la vida, y que no tiene –por ahora – alternativas. Por consiguiente, la antropología cristiana debe asumir la condición de la vejez como algo inherente a la realidad humana, y no como resultado de una culpa o de un castigo. Esto no implica una cierta ingenuidad. Lo cierto es que el pecado sigue proyectando su sombra en este estado de edad avanzada, y lo hace de forma a veces mucho más clara que en otros contextos y edades: las consecuencias del mal y de la culpa suelen aparecer en esa etapa de la vida de modo patente; lo que se ha sembrado se recoge; las formas de pecado estructural o social también se aprecian con más claridad en situaciones de soledad y de abandono, o en la disgregación familiar. En cualquier caso, debería resonar el mensaje cristiano de la redención y de la gracia, pues también aquí se vuelve más patente la necesidad

de redención y deberían hacerse más claros y necesarios los efectos de la gracia, en el sentido de reconciliación con el propio pasado y de esperanza al mirar hacia el futuro.

La cuestión que se plantea en las sociedades cada vez más secularizadas es si la pérdida de un nivel religioso y, en particular, de la fe cristiana ha propiciado un relativo abandono de los ancianos o una disminución en la sensibilidad y atención hacia ellos; o si simplemente ha dado origen a unos estilos diferentes, alternativos, de gestión o vivencia de la vejez. En este punto conviene recordar la propuesta de Charles Taylor, un ilustre anciano filósofo católico, quien, consciente del ambiente cultural con propuestas y modelos de vida feliz en franca competencia, invitaba a poner las cartas sobre la mesa y que cada cual, o bien cada propuesta de vida, hiciera explícito su programa de modo que todos pudieran ser conscientes de lo que se asume o a que otras opciones posibles de vida se renuncia. De esta forma, la concurrencia sería clara y limpia, y la fe cristiana podría presentar su modelo de vida en clara confrontación con otros modelos, para que cada uno escoja el que mejor se ajuste a sus expectativas y planes. Pues bien,

dichos modelos deberían incluir su plan de ancianidad para que la confrontación sea más clara, y los modelos dejen de ser parciales o demasiado *presentistas*. De lo que se trata es de asumir que el cristianismo plantea un estilo de vida, como dice el teólogo franco-germano Christoph Theobald, y que dicho estilo presenta

ciertas peculiaridades, a menudo divergentes respecto de algunos marcos culturales, pero con grandes consecuencias a corto y largo plazo, para el individuo y para la sociedad. Su pérdida o desaparición también está cargada de consecuencias, que deberían asumir quienes simplemente tratan de ignorar la fe cristiana. ■